

ENTRE ANCIANOS ANDA EL JUEGO

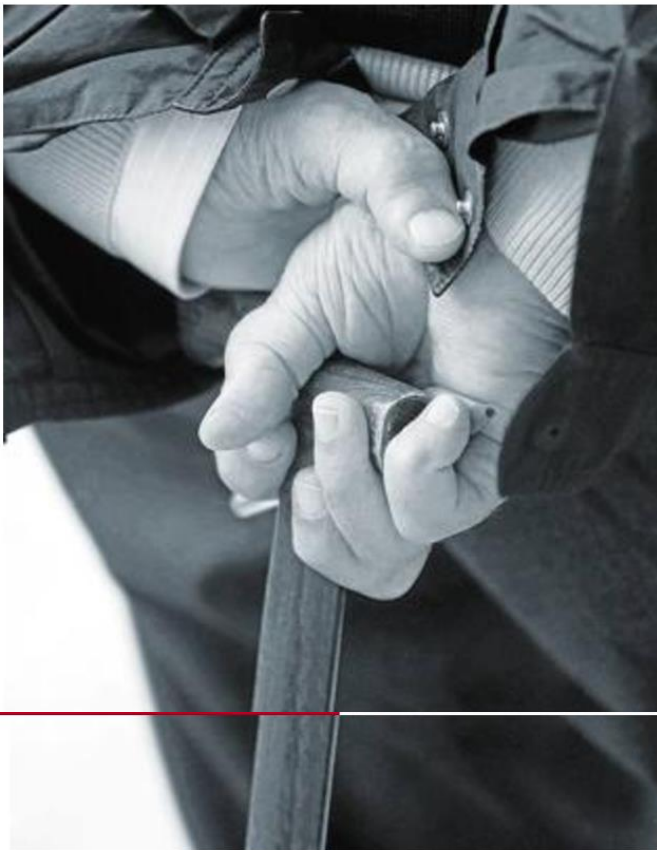
Tribuna

PEDRO APARICIO AUCEJO

Lunes, 25 septiembre 2017, 18:11



Después de más de cinco décadas en desuso, contemplo con curiosidad la vuelta de algunos fumadores a la práctica de liar manualmente con papel los cigarrillos que consumen. Hasta la primera mitad del siglo XX, fue ésta una costumbre cotidiana de especial arraigo en los ancianos de las zonas rurales, que, con parsimonia, envolvían a mano su tabaco de picadura en finísimo papel. Éste se suministraba en peculiares librillos que, poco antes de su finalización, incluían una hoja roja, de aviso, advirtiendo al usuario: «Quedan cinco hojas».



De esta rutina tomó su título la novela de Miguel Delibes (1920-2010) 'La hoja roja', obra centrada en el drama de la soledad radical del ser humano y la resignación última del viejo ante la muerte. Al escritor vallisoletano el aviso de su 'hoja roja existencial' le salió en 1998, cuando le fue detectada una grave enfermedad, con ocasión de la cual fallecería doce años después, en plena ancianidad, a siete meses de cumplir los 90 de edad y a dos o tres décadas de llegar al límite de vida de los habitantes de Hunza, un valle en la frontera de la India y Pakistán, conocido como el 'oasis de la juventud'.

Los nativos de esta zona son conocidos por su supuesta capacidad para conservar la salud y el vigor: casi nunca enferman, tienen una apariencia muy lozana, hacen gala de un constante buen humor, no conocen el estrés y viven hasta los 110 o 120 años. Ellos cifran el secreto de su extraordinaria longevidad en el mantenimiento de una dieta vegetariana, la actividad laboral y el movimiento constante. Sin embargo, sus expectativas de vida están muy distantes -incluso en caso de ser ciertas- de las previsiones sobre envejecimiento realizadas hace unos años por el doctor Jazwinski y otros investigadores de la Facultad de Medicina de la Universidad del Estado norteamericano de Louisiana, quienes aseguraron que, en tan solo unas décadas, la esperanza de vida puede experimentar un aumento

Lo + leído

Top 50

- 1 El tiempo en Valencia | Lluvias ocasionales en el litoral y ascenso de las máximas
- 2 Sanidad avisa al IVO de que no va a negociar el contrato y que atenderá a sus pacientes
- 3 La Generalitat publica el listado provisional de solicitudes para las ayudas al alquiler
- 4 Lluvias más virulentas con las medidas antiirriadas pendientes
- 5 La Conselleria de Sanidad amplía el plazo para que IVO para presentar la documentación del acuerdo del concierto



significativo y situarse entre 400 y 700 años. Tales estimaciones se basaban en las perspectivas de manipulación de un número manejable de genes humanos.

Sea cual fuere la índole de esta longevidad -mítica leyenda y ficción científica-, parece evidente que el secreto de llegar a una larga senectud lo guarda la Naturaleza en complicidad con la voluntad de quien disfruta los dones que le han tocado en suerte. Esta era la tesis sostenida por otro ilustre y casi centenario anciano, el filólogo Ramón Menéndez Pidal (1869-1968), quien, al considerar que «únicamente para perdurar nos concede Dios esta vida tan huidiza», pensaba con coherencia -y así obró también- que aquellas dádivas de la existencia habían de administrarse con acierto gracias a una profunda experiencia de la vida. La reflexión sobre ese concepto fue desarrollada magistralmente por otro anciano eminente, el filósofo Julián Marías (1914-2005).

Según este pensador, se trata de un saber profundo acerca de la riqueza y límites de la existencia. Para su adquisición se exigiría siempre, en opinión del discípulo de Ortega, no solo un cierto camino recorrido en ella, sino también que su consecución se logre desde una pluralidad de perspectivas y gracias a la decantación en soledad de las cosas vividas. Así entendida, la experiencia de la vida serviría para 'poseer' a ésta como tal. Sería lo que nos permite 'no quedarnos en las cosas', perdidos entre ellas, sino recurrir a la unidad sistemática de la existencia. Se trataría de aquella situación en que la vida como totalidad se hace transparente a sí misma.

Con esos precedentes, no es de extrañar que la experiencia haya sido ancestralmente considerada atributo por excelencia de la ancianidad. En ella se está en condiciones de desvelar la verdad acerca de lo real y transmitirla al resto de generaciones. Con su vejez asumida ante Dios y los hombres, el anciano puede ser un ejemplo de responsabilidad vital y un signo de esperanza escatológica. Es en este sentido como puede entenderse que «es hermoso ser anciano». La expresión es de un experto integral en el tema, Benedicto XVI (1927), quien, sin eludir las innegables limitaciones que conlleva dicha condición, exhorta una y otra vez a sus coetáneos a no dejarse llevar por el pesimismo y la nostalgia, sino vivir la ancianidad como una bendición de Dios, a pesar de que «nuestra sociedad, dominada por la lógica de la eficiencia y del beneficio, no acoge la ancianidad como un don».

Testigos de una historia personal y comunitaria, los ancianos son un tesoro irrefutable para las nuevas generaciones. Más aún, precisamente porque la evolución social ha originado un nuevo contexto para la ancianidad, el futuro de la familia, de la sociedad y de la civilización exige el encuentro entre la fuerza nueva de los jóvenes y la experiencia profunda de los ancianos. «Frente a la tendencia a liberarse del legado de las generaciones anteriores, es necesario lograr un equilibrio fecundo entre las [distintas] generaciones». Son palabras del Papa Francisco (1936), que, aun teniendo menos edad que los anteriores, no deja de ser otro entrañable anciano, inmerso además en el centro de la vorágine de nuestro mundo.

